



EL PENSAMIENTO POLÍTICO DE MAQUIAVELO

Por JULIUS KAKARIEKA.—

I PARTE

I.—Rasgos biográficos

Florenia, uno de los más famosos centros de la cultura renacentista, fué ciudad natal de Maquiavelo. Es una regla, comprobada muchas veces en la historia, que los grandes talentos surgen en grupos: en el mismo tiempo y, a menudo, en el mismo lugar. El destino quiso que Maquiavelo fuera uno de ellos, contemporáneo de Leonardo da Vinci, Miguel Ángel, Guiccardini y del mismo Savonarola, último vigoroso representante de la cultura medieval, y aún en el mismo suelo y ambiente florentino.

Nicolás Maquiavelo (Niccolò Macchiavelli) nació en 1469, de una familia noble, pero pobre y poco distinguida. Terminados sus estudios de leyes, hizo carrera de jurista y empleado público. En poco tiempo logró ascender a los más altos empleos de su ciudad que fué entonces república (Florenia con los alrededores). De 1498 a 1512 Maquiavelo desempeña el notable cargo de jefe de la "Cancillería de los Diez" (una especie de Ministerio común de relaciones exteriores y fuerzas armadas). Durante su tiempo de servicio le fueron también confiadas, repetidas veces, varias misiones diplomáticas en el extranjero. De esta manera, pudo conocer no sólo los vecinos Estados Italianos, sino también los países como Suiza, Alemania y Francia. Como embajador florentino permaneció, durante algunos meses, en el cuartel general del famoso Cesare Borgia, cuando éste sostenía guerra contra los pequeños príncipes de Romagna, desobedientes vasallos de su padre Alejandro VI.

Este encuentro con César Borgia tuvo grandes repercusiones en el alma del Canciller florentino y contribuyó, de manera muy expresiva, al desarrollo de algunas líneas fundamentales en su sistema político. El violento y demoníaco personaje de Borgia tenía para él algo fascinante, hipnótico. La robusta figura del caudillo vamos a verla reflejándose en todos los escritos de Maquiavelo. Demasiado estilizada, ella pierde su verdadero valor histórico y llega a ser novelesca. No obstante, ella encantará, más tarde, a Nietzsche y los ideólogos del Tercer Reich, como el prototipo del superhombre (übermensch).

Fuera de su actividad diplomática, le pertenecen a Maquiavelo, también, algunos méritos en el campo militar, que, desgraciadamente, no fueron reconocidos entonces. Maquiavelo fué uno de los más fervientes campeones de la milicia nacional, del llamado pueblo en armas, que, a su juicio, había de relevar el corrompido sistema del ejército mercenario. Pero esa idea fué demasiado avanzada para su época. Ella pudo realizarse sólo unos 300 años después, en el ambiente de la Revolución Francesa. Por eso, los esfuerzos de Maquiavelo no le dieron resultados satisfactorios: había sólo reveses y amarguras.

Con la caída de la República y vuelta de los Médicis a Florenia, en 1512, empiezan para Maquiavelo los días de tristeza y tormenta. Le destituyen, encarcelan y, por fin, destierran de su ciudad natal. A partir de 1513, vive Maquiavelo en su pequeña hacienda en las cercanías de Florenia. Aislado de toda actividad política, no podía mirar sino con profundo dolor y nostalgia la marcha de las

cosas en que le prohibieron tomar parte. Su "política alma" sentía ese aislamiento como una maldición, una burla del destino. Sin embargo, Maquiavelo no presumía que el destino tenía buenas intenciones para con él. Su nombre y su fama se deben sólo a este doloroso cambio de las circunstancias. Por falta de actividad pública tuvo que dedicarse al estudio de varios autores antiguos y a los propios ensayos literarios, para llenar el tiempo que le quedaba de las faenas agrícolas. En el destierro, Maquiavelo escribió sus más importantes obras: "Il principe"; "Discorsi sopra la prima deca di Tito Livio" y "I setti libri dell'arte de la guerra".

Sus esfuerzos por obtener la gracia de los Médicis y entrar así nuevamente a la carrera política fueron vanos por muchos años. No le sirvió "Il principe" tampoco, su primera y más popular obra política, que dedicó a Lorenzo de Médicis. Este murió, en 1519, acaso sin haberla leído y sin tener idea de que Maquiavelo le había sugerido una gran misión histórica: reunir en un estado, bajo su centro, los pequeños ducados y repúblicas independientes de Italia. Más tarde, los Médicis le confían algunos encargos, pero muy insignificantes y de poca importancia política; encargos que no podían satisfacer las ansias de su alma inquieta. La única misión digna de Maquiavelo, fué la que le confió el cardenal Julio de Médicis, futuro Papa Clemente VII, es decir, el escribir la historia de Florencia. Con esta obra de investigación "Istorie Florentine", Maquiavelo entró en la historiografía renacentista, como uno de los más característicos representantes de su época.

Después del golpe de Estado y la expulsión de los Médicis, en 1527 (el año del terrible "Sacco di Roma"), el visjo republicano y ex canciller, Maquiavelo, ofreció a la restaurada República sus servicios. Solicitó su antiguo empleo en la Cancillería de los Diez. Pero, esta vez, tampoco se cumplió su gran deseo, el mayor de su vida. El Consejo Supremo de Florencia rechazó su pedido por lo mayoría abrumadora de voces. El motivo: probable adhesión a los Médicis. Este fué un gran golpe, y el último que le preparó su destino. Poco después, el 22 de Junio de 1527, Maquiavelo falleció. El célebre florentino terminó sus días en el olvido y la pobreza.

II.—Fondo ideológico

Maquiavelo creó su obra con una gran admiración y encanto por la antigüedad. Este mundo de las formas clásicas, despertado por el Renacimiento, le fué fuente de inspiración, de la misma manera como a Petrarca, Ariosto, Leonardo da Vinci, Miguel Angel, etc. Con su nuevo concepto de Estado, verdaderamente renacentista, Maquiavelo entró en la más aguda oposición con la Edad Media cristiana que contemplaba al Estado como una institución divina.

Maquiavelo no ve en el Estado ninguna manifestación de la voluntad de Dios. Su Estado es una creación natural de dos elementos: de la naturaleza y de la historia.

Para entender a Maquiavelo, hay que fijar, pri-

mero, este gran cambio ideológico que se produjo en la sociedad europea bajo la influencia del Renacimiento. El pensamiento de la Edad Media estuvo basado en la teología cristiana; en su centro siempre estaba Dios. Servicio de Dios y de su Iglesia constituía el más noble ideal de la vida. El Renacimiento, en cambio, puso en primer plano al hombre y su felicidad terrenal. Esta antítesis se manifestó, de manera muy expresiva, en las aspiraciones de emancipar al individuo de cualquier mística, de cualquier tutela espiritual que se le impusiera de arriba. El individuo debe ser autónomo, libre. Sólo de esta manera, podrá desenvolver, toda sus facultades, tanto espirituales como físicas, y llegará a ser hombre completo, perfecto y... feliz. No podemos ocuparnos con más detención, acerca de los principios ideológicos del Renacimiento. Entre tanto, tenemos que notar un hecho de importancia, el que va a tener grandes repercusiones en la obra de Maquiavelo: el Renacimiento, aunque muy fecundo por sus impulsos creadores, no logró realizar a su "hombre perfecto". En la lucha contra el espiritualismo medioeval, desencadenó excesivas fuerzas bioológicas del individuo y, con eso destruyó, el equilibrio de su alma.

La autonomía del individuo, esta notable invención del Renacimiento, sirvió a Maquiavelo de base ideológica, sobre la cual se propuso crear su sistema político. Maquiavelo fué muy consecuente y aplicó el mismo principio de autonomía al Estado. El autónomo Estado tuvo que perseguir un fin muy análogo: desenvolver todas sus fuerzas y disposiciones interiores. Maquiavelo dispuso al Estado de todos los compromisos y obligaciones frente a las autoridades espirituales, como la Iglesia, por ejemplo. La vida del Estado, según él, gira sólo alrededor de las leyes naturales libremente desarrolladas. Lo político es para Maquiavelo principio absoluto e imperante. En este campo no existe ningún otro valor que pueda dominarlo. Cuando habla Maquiavelo de la religión o de la moral, no quiere significar, con eso, otra cosa que la religión y la moral de Estado. Estas dos fuerzas poderosas de nuestra vida, la religión y la moral, se reducen aquí al rango de servidoras del Estado. Ellas no pueden manifestarse en la vida pública, sino en el servicio de la política. Con mucha razón, el célebre sociólogo alemán Hans Freyer llama a Maquiavelo precursor del Estado absoluto". Esta palabra —dice él (1)— no debe significar un determinado tipo de Estado, sino el hecho mismo de que el Estado, en virtud de su soberana resolución, desprecia todas las instancias que podrían ser más altas que él, y se monopoliza todas las decisiones de orden político."

Sin embargo, sería falso creer que este Estado secularizado de Maquiavelo carezca de toda base metafísica. Además de las leyes mecánicas de la naturaleza que son comprensibles para nuestra razón, obran aquí también las fuerzas irracionales, místicas —"Virtú" y "Fortuna".— Ellas pueden ser entendidas como un mito solamente.

(1) H. Freyer "Machiavelli", pág. 165. Leipzig, 1938.

Este mito nació en el alma de Maquiavelo inconscientemente, como consecuencia de su profunda desesperación. Cada vez que trataba de comparar la contemporánea situación política de Italia con su glorioso pasado en la Antigüedad, debía él sentir un contraste terrible, doloroso: por un lado la desunión, corrupción e impotencia de los pequeños Estados Italianos y por el otro, la grandeza, disciplina y fama de la República Romana, cosas que fueron incomparables. Así creó su fantasía el concepto de Virtú; concepto de una fuerza metafísica que anima y refresca la vida política de las naciones. Virtú es difícil de traducir por su amplitud de significado. No es virtud en el sentido corriente ni tampoco en el sentido ético de la palabra. Virtú es más bien una energía, una fuerza dinámica, una potestad de obrar. Ella se expresa por el anhelo del poder y de la grandeza política y por la firme voluntad de sobreponerse a las cosas. Esta noción de la "Virtú" coincide admirablemente con "Wille zur Macht" de Federico Nietzsche. Los hombres y pueblos, animados por esta misteriosa substancia, son, según Maquiavelo, siempre valientes, guerreros y ambiciosos. Ellos están poseídos de una gran ansia de Poder.

La Virtú, dice Maquiavelo, está repartida por toda la tierra y su cantidad siempre es la misma. El secreto más grande de la historia es su continua migración en la que hay que distinguir dos tendencias opuestas: la una de concentración y la otra de dispersión. Allí donde se acumula mayor cantidad de Virtú, llegan los pueblos a la prosperidad y grandeza; allá donde se pulveriza y desaparece, sucumben en la degeneración y decadencia.

En la antigüedad la Virtú solía concentrarse en un sólo pueblo el cual alcanzaba, por entonces, gran poder y predominio sobre los demás. En la Edad Media, ella se ha esparcido entre varios reinos. Algunos de estos llegaron a ser también fuertes, pero no pueden, de ninguna manera, compararse con los imperios antiguos.

"Así se advierte —leemos en el prólogo al libro segundo de los "Discursos" (1)— por las noticias que de los antiguos reinos tenemos, los cuales sufrieron cambios por la variación de las costumbres, continuando el mundo lo mismo. La diferencia consistía en que las virtudes existentes al principio en Asiria pasaron a la Media y después a Persia, de donde vinieron a Italia y Roma; y si al Imperio romano no siguió ningún otro que fuera duradero y en él que el mundo concentrara las virtudes, en cambio se distribuyeron éstas entre muchos pueblos que llegaron a un estado floreciente". (Discurso, libro II).

Maquiavelo, por ingenioso que sea, no menciona los medios, por los cuales se podría atraer la Virtú o atarla a un cierto estado, para que su florecimiento sea permanente. El omite esta cuestión. Según su juicio, las leyes de la circulación de la Virtú son ocultas, desconocidas. Por eso, más vale la pena de preocuparse del problema de su apro-

vechamiento práctico, tomando en cuenta la cantidad de Virtú existente en el pueblo, que profundizar en las teorías abstractas.

Aunque la Virtú, como lo hemos dicho, es una fuerza elemental y libre, su desenvolvimiento completo depende, de cierta manera, del hombre, a quien incumbe la obligación sagrada de convertirla, de su estado primitivo y feroz, en una "Virtú ordenada", es decir, en un afán del poder y un civismo sensato y consciente. Para este fin sirve cierta estructura del cuerpo político, su orden interior, disciplina, etc.

Refiriéndose a su patria, Maquiavelo no lamenta la falta de Virtú, sino la falta de estos esfuerzos para cultivarla. El cree firmemente que la Virtú existe todavía en el pueblo italiano (1). Claro está, su cantidad ha disminuído considerablemente y el resto yace bajo los escombros de la decadencia política y moral del país. Pero ella puede resucitar un día y arrastrar al pueblo a grandes hazañas. Como condición indispensable, para eso, Maquiavelo indica la ejecución de varias reformas políticas y, sobre todo, la renovación de las antiguas virtudes y costumbres.

La segunda componente del mito maquiavélico es Fortuna. Es también una fuerza metafísica, una energía igualmente dinámica, impetuosa y ciega como la Virtú. Estrechamente comprendida, la fortuna significa suerte; vista desde un punto de vista más amplio, es todo lo imprevisto e incalculable del destino; en el sentido más amplio aún, la hora decidida por los astros." De esta manera, W. Waetzold, uno de sus más recientes críticos, caracteriza el concepto de la Fortuna, concebido por Maquiavelo. (2)

En la fortuna existe algo funesto para el hombre. Ella no siempre es buena y favorable para él, a veces es muy hostil. Eso sintió Maquiavelo, de manera muy viva, en su destierro. Pero como él era hombre de acción, no quiso someterse al destino sin lucha, aún desesperada; no quiso aceptar el fatalismo ciego y absoluto. Su instinto le dictaba que la fortuna no decide todos los actos humanos, que domina sólo la mitad de ellos o un poco más. Los demás, sin embargo, dependen de nuestra voluntad. En el capítulo 25 de "El príncipe" (1), Maquiavelo detenidamente nos enseña de qué modo tenemos que luchar contra la Fortuna, cuando ella llega a ser adversa y nos persigue. Hay, según él, dos formas principales de la lucha; la una es abierta, eso es, la lucha titánica, gracias a la cuál se puede, a veces, arrancar de la mala fortuna las cosas que ella nos quita o detiene.

(1) "En las naciones y pueblos nacidos de las ruinas del imperio romano continuó la antigua Virtú, y en parte de ellos aún existe y es digna de las alabanzas que se le tributa." Discurso, libro II, prólogo, . . . página 182

(2) Wilhelm Waetzold "Niccolo Machiavelli" página 138, München, 1943.

(1) Nicolás Maquiavelo "Obras Políticas". Buenos Aires, 1943, página 182.

(1) N. Maquiavelo, "Obras Políticas" Buenos Aires, 1943, páginas 545, 547.

La otra forma es clandestina. Eso es la astucia política, la acomodación a ciertas situaciones —“con reflexión y calma”— con la cual se puede equivocar la fortuna, tal vez engañarla. Maquiavelo dice que, en unos casos, nos sirve mejor la primera conducta y, en otros, la segunda; hay que orientarse según las específicas circunstancias del tiempo. En general, él se inclina más al procedimiento fuerte y violento. “Entiendo— escribe en el capítulo antes mencionado (2) que es mejor ser atrevido que circunspecto, porque la fortuna es mujer y, para tenerla dominada, es preciso tratarla sin miramiento, demostrando la experiencia que la vence quien la obliga, no quién la respeta. Como mujer, es siempre amiga de la juventud, porque los jóvenes son con ella menos considerados, más vehementes y más audaces”. “El Príncipe”, capítulo 25.

En este pasaje se siente cierto soplo de optimismo, en los otros no hay tanto. A veces se oye aún el bajo tono del desamparo y de la resignación. El más precioso pasaje sobre la fortuna, que citamos enseguida, se encuentra en los “Discursos” (3): Afirmó, una vez más, ser absolutamente cierto y estar demostrado en toda la historia que los hombres pueden secundar a la fortuna y no contrarrestarla, pueden tejer sus hilos, pero no romperlos. No deben abandonarse a ella porque, ignorando sus designios y caminando la fortuna por desconocidas y extraviadas sendas, siempre hay motivos de esperanza que sostendrán el ánimo en cualquier adversidad y en las mayores contrariedades de la suerte.” (Discurso, libro II, capítulo 29).

En este concepto de la fortuna, Maquiavelo se refiere no sólo a la vida del individuo, sino también a la de la colectividad. La lucha de que habla, constituye el verdadero contenido de la historia. Pero esta lucha contra la fortuna, en el fondo mismo, no se puede comprender, sino como una tensión permanente entre la Virtú y la fortuna, entre estas dos energías vivas. Nuestra afirmación se hace más comprensible, cuando recordamos las funciones y la importancia que atribuye Maquiavelo a la Virtú; ésta es una fuerza vital que de manera invisible, alienta y fortalece las almas de los combatientes.

Lúgubre y fatal, en efecto, es el gran drama terrenal que nos representa Maquiavelo. No se muestra, en él, ninguna fuerza personal que fuera superior a las ciegas energías cósmicas. De este drama, como dice el eminente historiador Fr. Meinecke (1), “sopla hacia nosotros un ajeno ambiente del mundo pagano.”

III.—Sistema político

Maquiavelo fué italiano y un verdadero patriota que creía en el renacimiento político de su país y

(2) Ibid página 547.

(3) Ibid página 283.

(1) “Klassiker der Politik”, tomo VIII, página 26, (introducción), Berlín, 1922.

guardaba en su corazón el ardiente deseo de ayudarle con sus consejos y preceptos. Eso influyó, tal vez, de manera decisiva, en el carácter de su obra. Poco le interesan las especulaciones abstractas, sea sobre el fin y la esencia del Estado, sea sobre los fundamentos de las colectividades humanas. Mucho más le gusta estudiar el arte de gobernar, los métodos y las tácticas de la actuación práctica, la psicología de la gente, etc. Estos problemas cautivan así todo su interés porque son, según su juicio, más actuales y más aplicables que los otros. Por esta razón, tropezamos con ciertas dificultades para construir un esquema de la doctrina política de Maquiavelo que, en realidad, no constituye un sistema acabado. Hay que componerlo de los pedazos, de varios pasajes dispersos en sus escritos. Además, existen dificultades de otro tipo: esas son las incongruencias y contradicciones de su doctrina, las cuales no siempre se ponen de acuerdo, aun en el análisis más penetrante. El ya antes citado Fr. Meinecke, destacándolas en su obra, dice:

“Hay que poner de relieve en Maquiavelo una pasión unilateral por descubrir. Lanzándose sobre su respectivo fin, olvidaba él, muchas veces, lo que había pensado o dicho en otro momento. Intrépidamente y a menudo con cierto fanatismo, sacaba de la verdad descubierta las últimas y más terribles consecuencias, pero, a veces, sin comprobar su repercusión en las demás de sus convicciones.” (1). Por esta razón, hay tantas divergencias en las ideas de Maquiavelo. El que fué republicano y demócrata lleva a su lector, muy a menudo, al más puro absolutismo y totalitarismo.

Los comienzos de la vida política los bosqueja Maquiavelo muy superficialmente. “Al principio del mundo, —dice— siendo pocos los habitantes, vivieron largo tiempo dispersos, a semejanza de los animales; después, multiplicándose las generaciones, se concentraron, y para su mejor defensa escogían al que era más robusto y valeroso, nombrándolo jefe y obediéndole.” (Discurso 1, 2).

Como el hombre es “más inclinado al mal que al bien”, (Disc. I, 9), surgieron pronto, en la sociedad, diversos vicios y calamidades. A fin de prevenirlos, el inteligente príncipe o jefe tuvo que emitir las leyes y, con sanciones, asegurar su cumplimiento. La fuerza física, los castigos, debían mejorar la mala materia humana. “Los hombres hacen el bien por fuerza —afirma Maquiavelo, pero cuando gozan de medios y libertad para ejecutar el mal todo lo llenan de confusión y desorden. Dicese que el hambre y la pobreza hacen a los hombres industriuosos, y las leyes buenos”, (Dis. I, 3).

A las leyes atribuye Maquiavelo un hecho importantísimo: el origen de las normas éticas y de la

(1) Fr. Meinecke “Die Idee der Staatsraison in der neueren Geschichte”, Berlín 1924, Pág. 43.

justicia (1). Según esta suposición, el derecho positivo es fenómeno anterior a la moral, es, por decirlo así, su primera fuente. ¿Pero cuál debe ser su criterio más elevado, el criterio del derecho? La respuesta es muy fácil: los intereses del Estado o la utilidad pública. En el sistema maquiavélico, no hay lugar ni para el concepto del derecho natural, independiente del promulgado, como lo concibió la Edad Media cristiana; ni para el concepto más profundo de la moral que se basará en la conciencia

y la Revelación. La religión de que habla Maquiavelo, a veces, es mera ficción. Ella sirve sólo, en cuanto mantiene en el pueblo, la pureza de las costumbres y la moralidad. No encontramos, sin embargo, ninguna mención acerca de su influencia en el origen mismo de esos valores.

(1) Acudieron a hacer leyes y ordenar castigos para quienes las "infringieran, naciendo el conocimiento de la justicia", Disc. 1, 2.